

La Revista Blanca

PUBLICACION QUINCENAL

DE

SOCIOLOGÍA, CIENCIAS Y ARTES

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *Antropología social*, por Federico Urales.— *La familia*, por Teresa Mañé.— *Naturalismo*, por Emilio Zola.— *Edifiquemos*, por Charles Money.
CIENCIA Y ARTE: *Los fenómenos y sus leyes*, por A. G.— *Ciencia y Socialismo*, por el Doctor Boudin.— *Influencia del arte en la moral*, por Soledad Gustavo.— *Cuentos de amor*, por un Trimordieur.
SECCIÓN LIBRE: *Explotación*, por José Nakens.— *Novedades añejas*, por U. González Serrano.— *Agoniza*, por A. del Valle.— *¡Emancipados!*, por A. Galceirán.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Carta de un obrero*, por Hermenegildo Guilafré.— *Carta misteriosa*, por P. G.
SECCIÓN ADMINISTRATIVA: *Al público*.— *A los corresponsales y suscriptores*.— *Correspondencia*.

ADMINISTRACIÓN

8, PONZANO, 8

MADRID



cer
tier
el o
pro
que
gan
por
se
cor
ver
Or
tra
qu
m
co
he
es
fo
ci
h

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.

Ayuntamiento de Madrid



SOCIOLOGÍA

ANTROPOLOGÍA SOCIAL

En París se proclamó la bancarrota de la ciencia. Sólo había servido para hacernos más infelices, al sentir de los que tal desastre anunciaron.

No vamos á discutir si es más ó menos dichoso el que busca la felicidad en la tierra ó el que la espera del cielo. Nos proponemos demostrar que, sea cual fuera el origen y el fin del ser humano, no se ha desenvuelto con la prevención de una providencia omnipotente ni con los beneficios de una ciencia justiciera.

Admitamos al hombre ya formado. Importa poco que descienda del mono ó que sea el barro su materia primera. Estudiemos únicamente el modo cómo se organizaron razas separadas entre sí por infranqueables é infranqueados territorios ó por inmensos océanos.

Con la antropología de España, materia difícilísima y sujeta á muchos errores, se obtiene, no obstante, la convicción de que los *íberos*, considerados por la Historia como *autóctonos*, fueron una de las infinitas razas que poblaron esta Península venidas del Norte, cuando aún existía la antigua Atlántida, según unos, ó de Oriente, según otros, siguiendo la corriente invasora de las razas asiáticas que traspasaron el istmo de Suez y llegaron á España *sin abandonar tierra*.

La invasión de los *celtas*, que nosotros consideramos antiquísima y la primera que sufrió España, *fué una invasión más*, y las que la sucedieron representan mezclas de pueblos por su número y su poder relativamente insignificantes. Sea como fuere, el hecho positivo y real, la verdadera Historia de España, la de los hechos, empieza con los *íberos*, y para continuarla es preciso acudir á la antropología, esto es, á la historia de los caracteres orgánicos.

Las sociedades no pueden medirse por aquélla; es menester hacerlo estudiando la formación de la colectividad.

No creemos en un hombre más justo y perfecto que el hombre presente; para creerlo habríamos de considerar que va de lo perfecto á lo imperfecto; sería preciso hallar en su morada vestigios de una civilización superior á la nuestra.

Al constituirse el hombre en familia primero, en tribu después y más tarde en

sociedad, lo hizo de manera tan defectuosa que dejó la marca de su pequeñez. Odios, explotación, esclavitud, dominio, etc., fueron el resultado de sus actos.

Las mismas imperfecciones tomaron carta de naturaleza en todas las razas que pueblan este planeta y que vivieron por los siglos de los siglos completamente aisladas.

Antes que las leyes escritas rigieron al hombre costumbres establecidas y admitidas por la rutina, no por esto menos injustas que las impuestas por las leyes escritas que más tarde se establecieron. Al principio el progreso fué la resultante de aspiraciones puramente materiales; hoy es casi consecuencia intelectual, pues se investiga más por una necesidad del cerebro que por una necesidad del cuerpo. Todo lo modificó el tiempo: la familia, la moral, la propiedad; la misma estructura del hombre. Mientras una raza iba de la bigamia á la monogamia, otra evolucionaba en sentido contrario; mientras en unos lugares la propiedad pasaba de colectiva á individual, en otras de individual llegó á ser colectiva. Por estos mismos trámites hubo de pasar la familia, así en los antiquísimos imperios asiáticos, como en los modernos imperios europeos; tanto en la raza amarilla como en la cobriza. Sólo la fuerza ha llegado hasta nosotros, aunque debilitándose continuamente.

Estúdiense cualquiera de esas *cosas* que creemos sagradas, y nos convenceremos de que no las amparó ni las ampara más que la fuerza de las costumbres, eternamente variables, y la fuerza propiamente dicha. Ni tiene otro origen la propiedad ni se le conoce otra salvaguardia. El más fuerte fué el más rico. Quien más partidarios contó de más territorios fué dueño. Así ciertos señores llegaron á ser reyes, así ciertos reyes prestaron vasallaje.

Los capitalistas de hoy son los feudales de ayer, pagan su tributo al Estado, porque el Estado es más fuerte que ellos.

Habla la Historia. Los *íberos*, libres como pueblo independiente, se tornaron esclavos de los *celtas*, donde los primeros fueron vencidos por los segundos. Pasaron años y los dos pueblos se fusionaron constituyendo una sola nacionalidad; pero nueva invasión extraña se apodera de la Península, y los *celtíberos* fueron dominados por la fuerza. Vencieron los *fenicios*, pero más tarde aquéllos se sublevaron contra la explotación comercial y mercantil de los antiguos mercaderes, que se creían civilizados como nosotros nos lo creemos. A España se dirigieron los *griegos* después, y más tarde los *cartagineses*, llamados por los que ya podríamos considerar naturales del país. Llegan á España, ven sus riquezas y vencen á sus habitantes, convirtiéndose de aliados en conquistadores.

El territorio español, por el derecho de la fuerza, nuevamente cambió de dueño.

En España los *romanos* tenían ciudades á su dependencia. Ni á ellas respetaron los *cartagineses*, y el Imperio romano mandó fuerzas contra el cartago. Nueva lucha. Los *cartagineses* fueron vencidos, pero los españoles sólo cambiaron de dueño por el derecho de la fuerza.

Pasaron años, nueva raza invadió el Sur de Europa, y los *bárbaros* del Norte se apoderaron por conquista de territorios que antes habían usurpado los *romanos*. Los *godos* se fusionan con los españoles, y llegan á constituir un solo pueblo; pero Mahoma, en su evangelio, predica la *guerra santa*, y al igual que los *cruzados* en Asia, los *berberiscos* CONVENCIERON á los españoles que no había religión mejor

que la suya ni más propiedad que la adquirida por el derecho de la fuerza. Por ella la *sagrada propiedad* española otra vez cambió de dueño.

Dueños los *moros* de España, en las montañas de Asturias se refugiaron un puñado de españoles y, fortificados en sus alturas, dieron el primer grito de reconquista. Favorable les fué la victoria, y empezaron á reconquistar terrenos que sólo por dueño reconocían al más fuerte.

Por haber pasado la propiedad á poder de los *moriscos*, los españoles dejaron de ser propietarios; pero más tarde los más poderosos y guerreros se proclaman monarcas de lo que iban reconquistando; sus capitanes, señores feudales, y España quedó dividida en reinos y señoríos. Los españoles de nuevo tuvieron patrimonio sin títulos, sin herencias y sin *economías*.

No es esa la historia de la propiedad española, es la de la propiedad universal. Después la ley legalizó lo que la fuerza había ganado. He aquí uno de los caracteres más salientes de nuestra sociedad. No desvirtúa su injusto origen el hecho de que viniera la astucia á completar la obra de la fuerza. Los intereses ganados engañando, no tienen más valor que los adquiridos venciendo.

Es preciso reconocer que esta es la base que sustenta el actual edificio de las relaciones humanas, y si el hombre fuese más sincero reconocería que no es de civilizados apoyar ningún derecho en la fuerza.

FEDERICO URALES.

LA FAMILIA

Si intrincadísimo es el problema de las pasiones, aun tratadas sintéticamente, es decir, englobadas para definir cómo se entienden dentro de un principio libertario, más intrincado es hacerlo de un detalle importantísimo y sobre el que los pareceres están disconformes: este es el de la familia.

Es tanta la preocupación que domina respecto á este asunto, y son tantas las censuras á que se expone uno metiéndose en tal laberinto, que más que profundizar este tema lo trataré *muy á la ligera*, condensando brevisimamente la nueva senda que le tiene señalada la evolución que se opera en todos los organismos sociales, en mayor grado en los organismos que dependen de otros, pues van ellos empujados consciente ó inconscientemente hacia la meta progresiva de la perfectibilidad cósmica, psíquica é intelectual.

Podríamos demostrar muy bien toda una serie de estadios que recorrió la relación mutua de los sexos hasta ir á parar en la familia y el matrimonio moderno; demostración que nos llevaría con paso seguro á la verdad inconcusa de que el progreso supone modificación incesante de inferior á superior. Y como, según Hegel, el perfeccionamiento de la humanidad está en la ampliación de la libertad humana, en cuantos más grados de superioridad están organizados una colectividad social, una corporación, una clase, etc., tanto más elevado es el grado y más seguro su progreso. La familia continúa, pues, perfeccionándose á medida que se ensancha el camino de la libertad.

Además, no tenemos el derecho de considerar nuestro actual concepto de la

familia como el concepto original y legítimo *à priori*, por ser el único natural. ¿Quién, en vista de los muchísimos brinco de la fantasía humana que, á nuestra manera de pensar, parecen desvaríos, se atreve á decidir qué es lo natural en el hombre?

Como se debate mucho entre los pensadores cuál es el origen de la familia, cuáles las mejores condiciones para la procreación, cómo tiene á realizarse ésta, etcétera, etc., después de un concienzudo estudio donde hemos ahondado profundamente causas y efectos, podemos señalarla nuevos derroteros, que vienen á decir: La creación de la propiedad va seguida siempre de la constitución de la familia y ésta transformándose en todas partes paralelamente con las transformaciones que sufre la propiedad; luego la familia no es una en todas partes, ni es estable, ni es eterna, y con la transformación de la sociedad sufrirá una nueva transformación. Abonan además la no estabilidad de ella, la variabilidad de formas en que ha existido y existe aún hoy y el que sean éstas tan contradictorias, pues mientras en unos lugares el pudor reside en las mujeres, en otros reside en los hombres; la ley de primogenitura que no es universal, la familia matriarcal, la organización de tribus existentes hoy en día en algunas islas de la Oceanía, é infinita que se citan, coleccionados sobre todo por Spencer en *El Universo Social* y en la *Historia de la Civilización* por Hamant.

De manera que por una preocupación más ó menos fundada no debemos parapearnos tras la honrilla de tener resuelto ya lo mejor de este problema, porque en una sociedad bien organizada es de todo punto imposible que los infantes adquieran el desarrollo físico, intelectual y moral en el hogar doméstico y preconizarse aún por individuos tan conservadores como Renan, que la sociedad debe encargarse de su manutención, instrucción y educación por medio de grandes escuelas integrales, de las cuales salga el individuo hecho ya un productor, resultando no sólo la transformación de la familia tal como está hoy, sino la disolución de ésta y la constitución de la familia universal.

Es éste un problema interesantísimo y digno de nuestra atención y estudio, sobre todo cuando no se trata de una nueva escuela filosófica, sino científica, basada en la fisiología y antropología, y nosotros no podemos, so pena de quedar rezagados, dejar de estar al tanto de las verdades científicas que van descubriéndose.

TERESA MAÑÉ

NATURALISMO

Ante todo, ¿necesitaré explicar lo que entiendo por naturalismo? Se me ha censurado haber usado esta palabra, se finge todavía no comprenderla. Tratándose de estas materias, las burlas son muy frecuentes, quizá porque constituyen una oposición cómoda. Quiero, por mi parte, prescindir de ellas y hablar de esta cuestión con entera claridad.

Mi crimen consistirá en todo caso en haber inventado y lanzado á la circulación un término nuevo para designar escuelas literarias tan viejas como el

mundo. Por otra parte, no creo haber inventado la palabra, usada en muchas literaturas extranjeras; á lo más la habré aplicado á esta evolución modernísima de nuestra literatura nacional.

«Entonces, se dirá, el naturalismo data de las primeras obras escritas.» ¿Quién ha dicho lo contrario? Esto prueba simplemente que arraiga en las entrañas de la humanidad.

Toda la crítica—se añade—desde Aristóteles hasta Boileau, ha establecido el principio de que una obra debe fundarse en la verdad. Esto me proporciona nuevos argumentos. La escuela naturalista, por la misma confesión de sus adversarios, está establecida sobre cimientos indestructibles. No es simplemente el capricho de un hombre, el delirio de un grupo literario; ha nacido del fondo eterno de las cosas, de la necesidad sentida por el escritor de tomar por base la naturaleza. ¡Muy bien! ¿Está entendido? Hablemos de ella.

Entonces, se me dirá, ¿por qué todo ese ruido? ¿Por qué pretender pasar por innovador? Aquí empieza la mala inteligencia. Yo soy simplemente un observador que hace constar los hechos. Sólo los empiricos aportan fórmulas inventadas. Los sabios se contentan con avanzar paso á paso, apoyándose en el método experimental. No llevo en mi pecho ninguna religión nueva. No revelo nada, porque no creo en la revelación; no invento nada, porque creo más útil obedecer al impulso humano, á la evolución continua que nos empuja. Mi papel de crítico se reduce á estudiar de dónde venimos y en dónde estamos. Si me arriesgo á predecir dónde iremos, es puramente una indagación personal, una conclusión lógica. Por lo que ha sido y lo que es, creo poder decir lo que será. He aquí toda mi misión. Ridículo atribuirme otra. Nunca me he presentado como pontífice ni como profeta.

Pero ¿y la palabra nueva, esa palabra terrible... naturalismo? ¿Se pretende que emplee las mismas palabras usadas por Aristóteles? El habló de la verdad en el arte, y esto debe bastarme. Desde el momento que acepto el fondo eterno de las cosas y que no aspiro á crear el mundo por segunda vez, no tengo necesidad de nuevo vocablo. ¿Es que el fondo eterno de las cosas no toma formas diversas según el tiempo y la civilización? ¿Es que, después de seis mil años, cada pueblo no ha interpretado y nombrado á su gusto las cosas que tienen su origen en una fuente común? Homero es un poeta naturalista. Admitámoslo un instante. Pero ¿nuestros escritores no son naturalistas; hay entre las dos épocas literarias un abismo. Desconocerlo es borrar la Historia de una plumada, es confundir y no tener en cuenta la evolución constante del problema humano. Ciertamente que una obra no abarca más que un rincón de la naturaleza, vista á través de un temperamento; pero si nos estacionamos, si renunciamos al progreso, permaneceremos siempre inmóviles. Desde el momento que abordemos la historia literaria encontraremos elementos extraños, costumbres, sucesos, movimientos de espíritu que modifican la literatura, influyendo en ella poderosamente. Mi opinión personal es que el naturalismo data de la primera línea que escribió el hombre. Si se considera á la humanidad como un ejército en marcha á través de los años, lanzado á la conquista de la verdad en medio de todas las miserias, se debe poner en primera fila á los sabios y á los literatos. En este concepto será necesario escribir una historia literaria universal, no bajo el punto de vista de un ideal absoluto, de una medida estética perfectamente ridícula. Se comprende que no pueda remontarme tanto emprendiendo un trabajo de esta índole, examinando las marchas y contramarchas de

los escritores extranjeros señalando las nebulosidades y las auroras que encontraron en su camino. Mi trabajo es limitado. Me ciño exclusivamente al último siglo, á esa maravillosa expansión de la inteligencia, á ese movimiento prodigioso del que surgió la sociedad contemporánea. En él, precisamente, encuentro marcada con energía la afirmación franca del naturalismo. La palabra nació del espíritu de nuestro siglo.

Dejemos á Aristóteles, dejemos á Boileau. Conviene un término particular para designar una evolución que parta de los primeros días del mundo, pero que llegue á su desenvolvimiento en medio de circunstancias muy provechosas y favorables.

Ciñámonos al siglo XVIII. La explosión es soberbia. Todo lo domina la creación de un método. Hasta entonces los sabios procedían como los poetas, por fantasía individual, por genialidades más ó menos científicas. Algunos encontraban verdades á la buena ventura, por un verdadero azar; pero eran verdades esparcidas, sin conexión, á las que nadie trataba de reunir. Llegaban á confundirse con los errores más generosos. Se quería crear una ciencia heterogénea, compuesta de mil elementos, sobreponiéndola á la naturaleza por medio de formas empíricas y consideraciones metafísicas que hoy nos causarían asombro.

Abandona las pretendidas verdades adquiridas y se remonta á las causas primeras, al estudio de los cuerpos, á la observación de los hechos. Se dedica humildemente al estudio, á deletrear la naturaleza, como el niño va á la escuela y deletrea antes de leer de corrido. La revolución había llegado, la ciencia se desprendía del empirismo, el método consistía en marchar de lo conocido á lo desconocido. Se parte de un hecho observado, se avanza de observación en observación, evitando siempre sentar conclusiones antes de conocer los elementos que han de fundamentarlas. En una palabra, en lugar de sintetizar, se analiza. No se trata de arrancar los secretos de la naturaleza por una especie de adivinación ó revelación; se la estudia pasando de lo simple á lo compuesto hasta que se conoce el mecanismo. El instrumento se ha encontrado; el método consolida y amplía el campo de la ciencia.

Bien pronto se vió el resultado. Las ciencias naturales fueron determinadas gracias á la exactitud de las observaciones. Refiriéndonos sólo á la anatomía encontramos un mundo nuevo; nos revelan parte del gran secreto de la vida. La física y la química fueron también creadas. Actualmente están su juventud, pero se desarrollan con una rapidez tan grande que nos asombra. No es posible examinar una á una todas las ciencias. Bastará nombrar la cosmología y la geología, que han herido de muerte á las fábulas religiosas. La explosión ha sido general y continúa todavía.

El gran monumento filosófico del siglo XVIII está basado en un análisis amplio; en el afán, desmesurado á veces, de resolver todos los problemas humanos. En la Historia, en la crítica, el estudio de los hechos y del medio ha reemplazado las viejas reglas escolásticas. En las obras puramente literarias, la naturaleza interviene y reina con Rousseau y su escuela; los árboles, las aguas, las montañas, los grandes bosques se convierten en seres y tienen un papel en el mecanismo del mundo; el hombre no es más que una abstracción intelectual; la naturaleza le determina y le completa. Diderot es la figura del siglo, entrevé todas las verdades, y se adelanta á su edad haciendo una guerra continua al ruinoso edificio de las convenciones y las prácticas rutinarias. ¡Magnífica explosión de una época!

¡Labor colosal, de la cual ha salido nuestra sociedad, era nueva en que los pueblos tienen por base la naturaleza y el método por instrumento.

Pues bien; á esta evolución es á la que llamo naturalismo, y creo que no es posible emplear un término más apropiado. El naturalismo es la vuelta á la naturaleza, algo idéntico á los procedimientos del sabio que en día determinado comprende que ha de tomar por base el estudio de los fenómenos y la experimentación, empleando en todo el análisis. El naturalismo en las letras es igualmente venido á la naturaleza; la observación directa, la anatomía exacta, la pintura de lo real. La misma necesidad se ha impuesto al escritor que al sabio. El uno y el otro se ven precisados á reemplazar las abstracciones por las realidades, las formas empíricas por el análisis riguroso. Nada de personajes abstractos, nada de falsas invenciones; lo absoluto se desecha y se desciende á los personajes reales, á la verdadera historia de cada uno, á lo relativo de la vida cotidiana. Se trata de recomenzar, de conocer á fondo al hombre, penetrando en lo más íntimo de su ser, antes de sentar una conclusión sin base, como hacen los idealistas, cuyo único papel se reduce á inventar tipos. Los escritores fijan preferentemente su atención en la base del edificio, aportando el mayor número posible de documentos humanos, lógicamente clasificados y presentados. Este es el verdadero naturalismo, cuya idea tendrá su origen en el primer cerebro, puede ser, pero cuya evolución definitiva se ha verificado en el último siglo.

EMILIO ZOLA.

EDIFIQUEMOS

A menudo se arguye que los adversarios del actual orden de cosas queremos destruir sin pretender edificar. Quien tal dice desconoce por completo las aspiraciones del socialismo militante y no está al corriente de las doctrinas que procura combatir.

Obras se han publicado, y no en escaso número, que explican las bases de la sociedad futura, detallando con precisión matemática el exceso de producción que podría haber dando satisfacción cumplida á nuestras necesidades.

Dejando el trabajo á voluntad de cada persona, sin fijar tiempo ni medida, por considerarla contraria á las mismas necesidades y á la dignidad del productor, la producción sería superior al consumo.

Lo primero que se les ocurre á los que no comprenden eso de la *necesidad* del trabajo, consiste en observar que nadie trabajaría si nadie tuviera la obligación de trabajar. No comprenden que cuando el hombre eligiera libremente su profesión después de haber recibido enseñanza integral, prestaría á sus quehaceres todo el entusiasmo que presta á las cosas que hace por gusto. Además, trabajar ó dejar de hacerlo libremente, tiene la ventaja de ofrecer á nuestras ocupaciones el encanto de la libertad, primera condición para que la vida sea agradable. Fastidia mucho más la holganza que el trabajo, aun reuniendo las malas condiciones que hoy reúne y no respondiendo, como no responde, á nuestras facultades. Calcúlese si cansaría la holganza forzosa

cuando pudiéramos ocuparnos en lo que nos viniera en gana, cuando el trabajo reuniera condiciones higiénicas y recreativas y cuando pudiéramos emplear nuestras fuerzas en aquello que demostrásemos más predisposición.

Educados convenientemente, sabríamos que la vida necesita actividad y el estómago *determinada* cantidad de sustancias asimilables. Produciendo todos para cada uno y habiendo lo suficiente para todos, ¿qué dificultades ofrecería el consumo? Ninguna. Si tampoco las ofreciera el trabajo, las relaciones humanas, que tienen por base esta cuestión, marcharían perfectamente.

No hay holgazanes. Hay quien se ocupa en operaciones que le disgustan, y quien, trabajando mucho, no gana para satisfacer sus más apremiantes necesidades. El trabajo, en estas condiciones, reúne muy pocos atractivos, y no es extraño que muchos lo rehusen. Dificilmente se niega á trabajar el hombre que lo hace para sí, que conoce el provecho de su labor, ó que sabe que ha de facilitarle los goces que su ánimo apetece.

Hemos estudiado al hombre lo suficiente para poder confiar en sus condiciones y fundar sobre ellas las bases de la futura sociedad.

CHARLES MONEY.





CIENCIA Y ARTE

LOS FENÓMENOS Y SUS LEYES

Tres siglos atrás desconocíanse, ó poco menos, los fenómenos cuya descripción van á servir de asunto á este artículo. Todo cuanto habían vislumbrado los antiguos acerca de lo que hoy constituyen dos de las más importantes ramas de la ciencia física, el *Magnetismo* y la *Electricidad*, se reducía á dos hechos aislados; la atracción del hierro por la piedra imán y la de los cuerpos ligeros por el ámbar frotado. Verdad es que la brújula, procedente del extremo Oriente, había sido adoptada por los marinos occidentales en el siglo XI ó XII de nuestra era; siendo éste casi todo el progreso realizado, por lo que atañe al magnetismo, en los veintidós siglos que median entre Thales y Guillermo Gilbert. En vano era que durante las tormentas nos deslumbrase una potencia misteriosa con los fulgores del relámpago y nos atemorizase con el estampido del trueno ó el fragor del rayo; nada sabíamos acerca de la electricidad.

Ni los filósofos de la antigüedad ni los teólogos de la Edad Media habían sospechado la existencia de la fuerza, que es el agente de la multitud de los fenómenos eléctricos y magnéticos y que se da á conocer bajo formas tan curiosas como variadas, de esa fuerza que, según ahora sabemos, desempeña un papel tan importante y á veces tan formidable en la naturaleza; aquéllos la suponían en manos de Júpiter Tonante; para éstos no era más que un objeto de terror religioso. Pero merced á la ciencia, gracias á los grandes esfuerzos del genio y á observaciones prolijas y á experimentos ingeniosos, la fuerza eléctrica ha llegado á ser en manos del hombre un instrumento dócil, que maneja á su albedrío. Ora se vale de él para transportar á larga distancia su pensamiento con la rapidez del rayo, ora lo emplea en platear y dorar los metales y en reproducir las cinceladuras más delicadas con la precisión de un moldeador, ora, en fin, le proporciona vivísima luz cuyo brillo rivaliza con el del sol, ó es foco de tan intenso calor que funde y volatiliza los metales más densos y más duros ó las sustancias más refractarias.

El que ha podido estudiar los aparatos del hombre científico lo mismo que las máquinas del ingeniero, y comprobar los resultados de la teoría á la vez que los de la aplicación práctica, si compara estos resultados, por una parte con los mo

destos hechos que han servido á la ciencia de punto de partida apenas hace trescientos años, y por otra con las esperanzas de nuevos progresos que puede profetizar sin duda alguna, no podrá menos de sentir profunda admiración por la fecundidad de la física. Pero si se empeña en conocer el poder de los medios que han servido para realizar tantas cosas que aún no hace muchos años hubieran pasado por verdaderos prodigios, que se detenga un momento á reflexionar, y conocerá que todo el secreto de este poder puede resumirse en tres palabras. Estas tres palabras, la fórmula mágica, el ¡*Abrete Sésamo!* de la ciencia contemporánea, son: *Observación, Experiencia, Cálculo matemático.*

Con los diferentes nombres de *Electricidad* y *Magnetismo* se clasifican, como es sabido, dos series de fenómenos que por espacio de mucho tiempo se han podido creer extraños uno á otro, pero que hoy se les puede considerar dimanados de una misma causa. Por lo menos la experiencia demuestra ya que, en ciertas circunstancias, los fenómenos eléctricos y los magnéticos ejercen recíproca influencia entre sí, y que las fuerzas que los producen son convertibles unas en otras. De aquí ha resultado una nueva rama de la ciencia, que participando de las dos primeras ha recibido por esta razón el nombre de *Electromagnetismo*. Desde que el genio de los *Ørstedt* y *Ampère* reveló al mundo esta ciencia especial, desarrollada luego por los *Arago*, *Faraday* y otros cien físicos, han sido tan rápidos sus progresos, que quizás igualan en importancia á los de las ciencias particulares de que ella misma se deriva.

Además de estar ya casi probado que el magnetismo es un caso particular de la electricidad, como la gravedad lo es de la gravitación universal, se columbra ya la posibilidad de relacionar la fuerza eléctrica con las demás fuerzas físicas. La conversión de la electricidad en calor, en luz, en atracción molecular y en afinidad química, ha abierto ante el teórico nuevos horizontes, de los que brotará, como esperamos, la luz, tan luego como aparezca uno de esos genios poderosos que transforman la ciencia, cuando haya llegado el momento de la posibilidad de esta transformación. Antes que *Newton*, el teórico de la gravitación, aparecieron *Keplero* y *Galileo*; antes que *Young* y *Fresnel*, los fundadores de la teoría de las ondulaciones luminosas, el mismo *Newton* y *Huygens* habían descubierto las leyes de la Óptica; antes que *Mayer*, *Rumford*, *Gay-Lussac* y *Fourier* habían despejado el terreno y descubierto las leyes en que más adelante debía cimentarse la teoría del calor. La electricidad se encuentra hoy en esa fase de transformación que hace pasar una ciencia puramente experimental al estado de ciencia matemática, cuyos hechos todos pueden someterse al cálculo, siendo dable prever que no tardaremos en poseer una teoría positiva de esta rama de la ciencia.

A. G.

CIENCIA Y SOCIALISMO

Con manifiesta sinrazón dicese que para constituir la sociedad propuesta por los socialistas, sería indispensable modificar la naturaleza humana, causa principal de las injusticias y defectos que presiden las acciones del hombre.

Quien tal afirma ignora que no hay naturaleza humana propiamente dicha, que la del hombre es una consecuencia de la naturaleza social, y que modificando ésta quedaría aquélla modificada.

Aventurada parecerá esta tesis á las personas, sin instrucción ó con ella, que no hayan estudiado la influencia enorme que en nosotros tiene el ambiente, esto es, las cosas que vemos, las que oímos, las que nos faltan, las que nos sobran; lo que sufrimos, lo que gozamos, lo que comemos, lo que bebemos; el aire que abona ó destruye nuestros pulmones; el sol, el agua, la luz, la limpieza, la suciedad, y mil y mil circunstancias que escapan á los conocimientos de muchas personas y que son causa de nuestros actos y de nuestras ideas.

Que somos tal como exige la sociedad y no tal como demanda la naturaleza, demuéstalo lo poco en cuenta que la tenemos.

El médico sabe y habría de hacer saber que de la naturaleza, exenta de miasmas sociales, no vienen dolencias. Precisamente las que el hombre padece nacen de haber supeditado su organismo y los atributos de su organismo á las malas condiciones de la sociedad.

La antropología, de resultados tan negativos en poder de Lombroso y de los que siguen sus huellas, nos ha de demostrar, y nos demostrará en no lejano tiempo, que buena parte de lo que creemos productos de organismos defectuosos son consecuencia de otros defectos.

No sucederá esto mientras aquella ciencia esté monopolizada por personas como el antropólogo italiano, sujetas á graves prejuicios.

Es preciso que nos convenzamos que nadie roba si nada falta; ¿para qué? Y aun suponiendo que hubiese quien robara, no para satisfacer una necesidad, sino por exigencias de leyes orgánicas, ¿qué daño causaría en una sociedad que de todo sobrara y todo fuese de todos?

Contadísimas son las personas que matan sin accidentes sociales. Matar *porque sí* sólo se les ocurre á los locos, que ni siquiera se les ocurre, porque matan sin darse de ello cuenta. Únicamente los que tal hacen deben ser considerados criminales natos, esto es, sin una excitación del medio.

El que robara por el placer de robar y el que matara por el placer de matar, podría ser considerado obstáculo al advenimiento de la sociedad igualitaria; jamás el que hiere viendo burlados sus derechos ó atacados sus intereses, que los cree inviolables, ó por la excitación que producen intereses antagónicos, hoy que hemos sancionado lo *mío* y lo *tuyo*.

El que roba para comer, para gozar, para satisfacer deseos que sin robar podrían ser satisfechos en otras condiciones sociales, no es un criminal nato. Tampoco el que hiere en riña, en cuestiones de honor ó para satisfacer deseos que sin herir podrían ser satisfechos, de ser otra la base de las relaciones humanas.

Atribuir al organismo humano lo que procede del organismo social, es salir del paso confiando en la ignorancia de los jueces.

La antropología en ciertas manos conviértese en fábrica de disparates. De ningún homicida se ha sabido que fuese cuerdo, y, sin embargo, si los cuerdos no hemos matado, no es porque seamos incapaces de matar, sino porque no se ha presentado el accidente, el instigador social que pone en oposición los intereses de dos hombres.

Hase leído después del crimen: «ese hombre es criminal por éstas ó aquéllas seña-

les.» En ayunas estamos de leer: «guardaos de Fulano, que presenta los caracteres del criminal.»

Así como el puñal es el instrumento que para herir emplea el hombre, así el hombre es el instrumento que para herir emplea la sociedad, y ambos son igualmente irresponsables.

Aun en el caso de que el criminal se manifestara sin excitación social, podría demostrarse la poca participación que en el crimen tiene la naturaleza.

Los delegados de Lombroso se reclutan entre las personas de vida sedentaria. ¿Es ella una consecuencia natural? De ninguna manera; es una consecuencia social. Fuesen otras las condiciones sociales, y el hombre podría equilibrar su organismo, más aún, el hombre podría recibir una instrucción que le hiciera comprender y amar los beneficios de la educación física.

Veamos los crímenes pasionales. Motívalos la creencia de que las pasiones han de supeditarse á las leyes ó á los convencionalismos de la moral, del honor y el dominio que creemos tener por las leyes y costumbres, tan injustas como antiguas, no ya sobre las cosas, sino sobre las personas.

Penamos al hombre que mata á su amante ó á la mujer que hiere al esposo infiel, y, sin embargo, negamos al sér humano el derecho de amar libremente. Es una falta de lógica entre las leyes y la educación.

No hiciéramos creer al individuo que tiene dominio sobre la voluntad ajena, y le faltarían razones para querer supeditar por la fuerza voluntades de los otros á la propia voluntad.

Todo lo cual demuestra que los antropólogos, ó han de ser socialistas, ó han de basar sus conocimientos en un tipo humano creado para su uso particular.

La antropología y la sociología se completarán en manos de sabios que amen la ciencia sobre todas las cosas. Unidas dotarán á la especie de esa naturaleza que falta para crear prácticas ideas que ahora consideramos utópicas.

Convenimos, pues, que no hemos de cambiar la especie; basta con que cambiemos la sociedad.

DOCTOR BOUDIN.

INFLUENCIA DEL ARTE EN LA MORAL

He dicho influencia del arte en la moral, cuando muy bien pudiera decir de la moral en el arte, pues el arte influye en la moral del público como la moral del público influye en la concepción del arte.

Este y aquélla son dos cosas que la una completa la otra, y ambas á dos encauzan perfectamente la corriente mas ó menos progresiva de las etapas por que atraviesa la humanidad.

Cada época ha tenido su arte, es decir, su ideal y su forma. Grecia nos dió la belleza corporal en Venus y Adonis, en Diana y en Apolo. Roma la grandeza del Imperio en sus monumentos y sus arcos de triunfo. Ambas civilizaciones, con el arte que nos presentan, son la patente prueba de que el arte influye en la moral de los pueblos y ésta sugestiona la inspiración de los artistas para que aquél sea

su más viva representación. La eterna andrógina paradógica del huevo y la gallina.

El arte, el gran civilizador de los pueblos, engendra en el espíritu una emoción íntima, profunda, indescriptible como manifestación externa del sentimiento que es. Así vemos Roma, la concupiscente Roma, vencer á Grecia con sus alfanjes, y en cambio Grecia, la sublime Grecia, vencer á aquélla con sus maravillas. He ahí la superioridad moral, consecuencia de la influencia suave del arte, de la segunda sobre la primera.

La moral helénica, hija del fervor entusiasta de una nación que contaba con un poeta como Homero, un escritor como Fidias, un filósofo como Platón, un héroe como Temístocles y, por último, un martir como Sócrates, englobación pura de lo que es el arte, el ideal y la forma, no de otra manera podía subyugar á Roma, cuyo ideal único era la conquista del mundo, que nada basta á detener ni aun la perpetua guerra civil de la democracia contra la aristocracia que interiormente la consumía.

El arte influyó poderosamente en la moral de estas dos naciones, cuya civilización heterogénea una á la otra tanto se repelen, por representar Grecia la belleza y Roma la fuerza.

Aunque el arte no es la belleza, sino simplemente la expresión de un sentimiento por medio de la forma, para influir en la naturaleza interna, esto es, en la moral de los pueblos, precisa que el escultor, el músico, el pintor, el dramaturgo, el actor, el novelista, etc., etc., dé á su ideal y su forma naturalidad, encanto, fascinación, y si fuera posible animar la estatua, por ejemplo, con el soplo de la inteligencia, habría resuelto magníficamente el fin último que el arte persigue.

¿Qué se siente en el Museo Louvre al visitar la galería egipcia? Aquellos obeliscos, aquella inconmensurable hilera de sarcófagos, paraciéndonos una verdadera necrópolis, aquellas pirámides, una estatuaria rígida é inmóvil, esfinges, leones, monumentos de construcción sólida, todo colosal, como si lo grande fuera representación de lo bello y majestuoso, ¿qué hace sentir, qué hace pensar? La expresión más adecuada que puede salir de mi pluma es: *pensar*, nada; *sentir*, frío en el alma. Y es que faltale al arte egipcio expresión, vivacidad, esa expresión y esa vivacidad que tanto necesita para pensar y para sentir el natural de los países del Mediodía.

De ahí que repita: el arte, para responder plausiblemente á su objeto y á su fin, precisa que encante, que seduzca, que fascine, que tenga una influencia tan poderosa sobre nuestros sentimientos y sobre nuestro cerebro, que á la par que llegue á admirarnos falte poco para conmovernos imprimiendo en nuestro entendimiento una ilusión tan fuerte de que la estatua se anima y nos habla, que parezca sea una realidad.

Antes he dicho que cada época ha tenido su arte. Lo tuvieron las sociedades paganas, lo tuvo el cristianismo en sus albores, y hemos variado en infinitas formas tanto los pueblos de Oriente como los de Occidente. Inútil añadir que á éste siempre ha seguido una nueva psicología, un sentimiento nuevo de moral. Toda evolución política ha supuesto evolución artística; como toda convulsión geológica supone siempre cambio de fauna y de flora.

El arte, al crear sus formas, absorbe la vida de la época en que florece. ¿Qué vida será la que el arte actual absorberá? Tendrá que hacerse social, mejor revo-

lucionario, ya que la revolución late en el seno de las sociedades nuestras, como latía, cuando su anterior transformación, en el seno de aquellas edades preñadas de dos monstruos tales como la conquista y el feudalismo.

Con esa nueva modificación del arte, veremos á la moral hacerse más humana, es decir, ser organismo más natural, más adecuado á lo que siente y quiere la humanidad, pues se sabe de sobra que la moral actual está en pugna constantemente con el sentir y el querer y el pensar de nuestro *yo*.

SOLEDAD GUSTAVO.

CUENTOS DE AMOR

I

La luna clarísima, el tiempo fresco, el camino escabroso; á uno y á otro lado robles gigantes cos.

En el bosque y en la viña, en el monte y en el valle ladran los perros, cantan los gallos, guarrean las ranas.

Los dos amantes andaban quedito, como si temieran ser oídos. El brazo de Luis ceñía la cintura de Elvira.

Se paraban, mirábanse un momento como sólo se miran los enamorados y cuatro labios hablaban el lenguaje eterno, común á todos los hombres y á todas las razas, el lenguaje del beso. Después proseguía la ruta con el mismo silencio y las mismas precauciones.

Explicar el amor es empequeñecerlo. Sólo los ojos y los labios lo interpretan fielmente, y Elvira y Luis se miraban, se besaban, reían y eran felices. El camino del cielo era aquel camino lleno de piedras; lo es cualquiera si al recorrerlo amamos.

Vió ella á lo lejos una mancha oscura; le pareció gente del pueblo que la aguardaba para echarle en cara su falta. El, sereno y sonriente, con la seguridad del que ha de vencer el peligro, empujaba á su amante hacia lo desconocido, con ternura inefable.

Llegaron. La mancha, causa de recelo, se convirtió en arboleda, una arboleda frondosísima que rodeaba la fuente.

Ruido de agua y canto de ruiseñor en noche de Abril, mágica que produce emociones desconocidas; algo que seduce y embelesa con placer interior, placer del alma.

Gocemos: todo á gozar convida. Soledad, paraje, elementos, dos corazones grandes y dos figuras hermosas.

¿Qué se dirán? Oigámoslo. Habla el amor: se miran y se besan. Una eternidad de poesía y de dicha.

El mundo asciende á sus almas. Habla. Oigámoslo.

—¿Te acuerdas, Elvira, de cuando teníamos quince años?

—Contra mi voluntad.

—Jamás te condené. Era yo entonces poco para ti, y natural fué lo que pasó.

¡Claro! pobre, ignorado, mal vestido... Mis ojos te habían declarado amor, pero no mis labios. Se presentó el otro, rico, guapo, y aceptaste. ¿Qué mal hay en ello?

—Lo hay. Yo a liviné en ti cariño. Sólo por el placer de tocar mi mano me pedías agua; un jazmín parecía tu rostro si á ti me acercaba; jamás pudiste ver el color de mis ojos, desviaba la mirada al fijarlos en ti.

—¡Si supieras lo que me apenó un día que vi tus blancos pechos!

—¿Los viste? Cuéntame cómo.

—De muy sencilla manera. Era en verano. Llevabas una bata algo escotada, muy poco. Te agachaste para tomar en brazos á tu sobrinito, que jugaba conmigo, y en este momento...

—No volverás á verlos.

—No quiero volver á verlos.

Y el amor recobró otra vez su poderío; se besaban, se acariciaban, reían y eran felices. ¿Cuánto tiempo? Incontable, el que se emplea besando el objeto amado. Se pierde la noción de todo. La eternidad conviértese en minuto.

El mundo volvió á prevalecer.

—Yo me enteraba de tus adelantos por tus amigos.

—¿Soy muy extraño, verdad? Sin ti ¿qué me importaba el mundo? Lancéme á él con la desesperación con que otros se echan al mar. Quise ser, no por vengarme de ti, sino por olvidarme de ti; fui, y no pude olvidarte. Cuando después de la lucha te vi de nuevo, adiviné amor, amor de niña, el que deposité en tus ojos la última vez que logré verte dueña ya de otro hombre. Acepté tu cariño como una recompensa á la fidelidad de mi alma; pero sólo quiero besos, no quiero más que besos.

Creería perder toda la grandeza de mi pasado si poseyera y gozara tu materia. Veinte años de virginidad de alma dan derecho á estas satisfacciones. Doy por no padecidas mis penas, si las curo de manera tan cumplida.

—Sin embargo, yo no soy feliz; no lo he sido nunca. Bello es mi esposo, pero no satisface á mi espíritu la hermosura de la materia. Gústale, también, grandeza del alma. No hallé en él las delicadezas apetecidas. Mi cuerpo le ha sido fiel, no mi alma, desde que se habló de la tuya como de una maravilla. Seguí tus progresos con la imaginación. Presumía que me amabas, y mi alma acompañaba á la tuya siempre. Primero te imaginé niño; después hombre. Aunque ausente, te has formado en mi presencia, una presencia perpetua. Estaba en ti.

—Eres mía; te necesito. Quiero tus pensamientos, quiero tus caricias, quiero tus besos. Son mi vida. Por ellos fui lo que soy. Mi gloria es esa. Tú inspiraste mis mejores novelas; pensando en ti he escrito mis dramas mejores. Me encomendaba en ti al coger la pluma. Da tu cuerpo, tu alma es mía.

—Sí, sí, Luis; para tí, toda para tí. Pero ten compasión de esta pobre mujer, que expone honra y vida para hacerte feliz.

—Ni necesidad tengo. Lamento, sí, no haber podido alcanzar lo que quería: amar eternamente tu solo espíritu. Como el propio siento el mal ajeno, y para evitarlo necesito alimentar otro cariño.

—No te comprendo.

—Satisfecho estoy de ti; pero mis ideas engendran en mí nuevos afectos.

—¡Ah! no, no; Luis. Estoy contenta con tenerte á mi lado, con mecer tu cabeza, con cerrar tus pupilas, con besar tu boca. Hasta aquí el amor es grande, la grandeza del deseo no satisfecho. Si me gozaras, acabarías por olvidarme.

—¿Tú eres feliz?

—Inmensamente.

—¿Lo serías sin mis caricias?

—De ninguna manera.

—Pues hay en el mundo otro ser que me ama como tú me amas y que empieza tan grande como yo empecé. No puedo permitir sufra lo que yo sufrí. Ni mi conciencia ni mis ideas me lo permiten. Sé grande, déjame hacerla feliz. Es bella como tú, es buena como tú, es joven como tú lo fuiste cuando me inspiraste este amor inmenso. No seas egoísta. Sé digna de mí.

—¡Ah! no. Ni los hombres pueden permitirlo ni lo puede permitir mi corazón. Si me amas, ¿cómo puedes amar á otra?

—El corazón humano es inmenso.

—La inmensidad del misterio.

—La inmensidad del amor. Soy tuyo, enteramente tuvo; pero no puedo olvidar lo que me hizo padecer amar y no ser correspondido. ¿Por qué permitir que otra lo sufra?

—Quizá no sea digna de ti.

—No blasfemes. Lo es tanto como tú. Las personas de alma virgen son dignas siempre.

—¿Y el cuerpo?

—La virginidad del cuerpo no tiene el valor que la del alma; pero ella tiene virgen el alma y el cuerpo.

—¿Te ofrece más que yo? No puede ser.

En este momento oyóse ligero ruido detrás de una mata. Elvira se estremece, Luis se pone en guardia y adelanta hacia la planta. Antes que á ella llegue, una mujer vestida de blanco sale corriendo, Luis la persigue, la alcanza y vuelve á la fuente llevando en brazos á una hermosa joven desmayada.

—Mírala, es ella; el otro amor mío.

—¡Mi hija!

—Ella misma. ¿Es virgen?

—Sí.

—¿Es buena?

—Sí.

—¿Es digna?

—Sí.

—¿Ha de sufrir lo que yo he sufrido pudiendo gozar lo que tú no has gozado?

—No. Amala, pero olvídame.

—El corazón humano es inmenso.

Y esto diciendo Luis y Elvira besaban el rostro angelical de Paquita.

UN TRIMARDIEUR.





SECCIÓN LIBRE

EXPLOTACIÓN ⁽¹⁾

Apartar del vicio á la mujer que cae acción loable es, mas no cuando, á pretexto de salvar su alma, se explota su cuerpo.

Innumerables son los asilos que de pocos años acá se han fundado para redimir á las jóvenes seducidas; esto indica que la cosa produce. Y se comprende: las jóvenes sirven de pretexto para pedir y además trabajan sólo por la comida.

En las casas de donde sacan á esas infelices, explotan su belleza; en los asilos, sus músculos; el alma podrá ser redimida, pero el cuerpo continúa esclavo.

Después de las faenas domésticas y del tiempo empleado en oír misa, rezar, etcétera, las redimidas trabajan de un modo brutal; lavan, planchan, ó rizan albas, sobrepellices, roquetes, amitos, corporales y demás ropas de iglesia; y de particulares, desde chambras y camisolas, hasta enaguas, batas, cortinas, manteles; en fin, todo.

Y construyen también, desde ternos completos hasta cortinillas para el sagrario; desde casullas de 2.000 pesetas hasta fiadores de hilo á cincuenta céntimos. ¿Qué más? *¡Hasta hacen composturas en ropas usadas!*

¡Y en tanto, por esos cuartos sin luz ni ventilación hay millares de mujeres estenuadas y anémicas que no encuentran trabajo porque todo lo acaparan en los santos asilos, estableciendo una competencia imposible de sostener!

¡Oh! El negocio está bien pensado y mejor claveteado. Mientras se explota á las redimidas, otras infelices, faltas de trabajo y, por consiguiente de pan, se ven arrastradas para no morir á cubrir las vacantes que aquéllas dejan. De este modo siempre hay carne fresca para las casas de prostitución y carne resistente para los asilos; así viven y medran los asilos y las casas de prostitución. Las impuras quitan el pan

(1) Advertimos que, contra nuestro deseo, nos vemos obligados á llenar esta sección con trabajos que encajarían bien en la primera. Se presentan pocos escritos de criterio opuesto al de los individuos que componen la Redacción, y al objeto de evitar se aglomere original en nuestro poder, hemos de llenar la *Sección Libre* con composiciones que irían bien en otra.

Fundadamente esperamos de nuestros distinguidos colaboradores que encontrarán buena esta determinación nuestra.

á las puras, y éstas á su vez se hacen impuras para que no se altere ni interrumpa el turno pacífico de la desgracia.

Cangilones de noria, unas suben y otras bajan; al lupanar hoy, al asilo mañana. Y en ambas partes lo mismo: la carne en ejercicio. Sangre dada á la lujuria ó sangre dada á la industria, para la explotación; total igual.

En el lupanar á merced del primer vicioso que llega, y en el asilo á merced de la campana que regula la oración y el trabajo, ¿qué más les da? Nada de libertad; el libre albedrío muerto. En uno y en otro puntos víctimas; del vicio allí, de la virtud acá. Carne de cañón siempre en la batalla humana.

¿Y el negocio de la salvación? ¡Bah! ¡Eso es muy vago! En una religión donde basta un punto de contrición para salvarse, no debe desesperar nunca la prostituta. Al terminar un espasmo voluptuoso puede con un ¡ay! salido del corazón entrar en el cielo. De la Magdalena perdida á la Magdalena salvada, sólo media un ¡ay! de esos, un poco de ungüento perfumado y unos hermosos cabellos que sirven de toalla.

El lupanar es un camino tan bueno como cualquiera otro para llegar al cielo. Aunque pequen, con tal de que se arrepientan, no hay cuidado. Llevarlas al asilo, resulta, pues, inútil; en ocasiones hasta contraproducente. Si Cristo perdonó á la que *había amado tanto*, ¿cómo no perdonar á las que siguen amando mucho?

En el asilo rezan bastante y trabajan más. Antes, para ganar la bienaventuranza eterna, bastaba con rezar; hoy es preciso trabajar por añadidura; hay que cavar la viña para vivir y salvarse. No pensaban así los santos del yermo. A nuevos tiempos, costumbres nuevas. Hasta en lo de ganar el cielo hay ya modas.

Y no es que yo censure que trabajen, no; por el trabajo se va á la redención. Pero que trabajen para ellas, no para nadie. Cobrarles el portazgo para pasar al paraíso es injusto.

Termino suplicando á esas desventuradas, que no traten de averiguar jamás el destino que se da al dinero que producen. Podrían acaso tener remordimientos mañana, si, al estallar la guerra civil que el clericalismo elabora, supiesen que sus padres ó sus hermanos habían muerto, y les asaltase la horrorosa idea de que la bala que destrozó su cráneo podía haber sido comprada con el producto de su trabajo.

JOSÉ NAKENS.

NOVEDADES AÑEJAS

Al declarar Julio Bois (*L'Eve Nouvelle. Synthèse féministe*) haber llegado á ser feminista desde el misticismo, sugiere la idea de que la cuestión batallona de la mujer, de su valor y dignidad, en la complejidad de soluciones que implica (igualdad, inferioridad ó superioridad respecto al hombre) es una de tantas novedades añejas ó Mediterráneas que, en vez de reconocer que estaban olvidados por ya conocidos, los modernistas presumen haber descubierto, sin recordar siquiera que Platón dejó planteada cuestión semejante, cuando dijo: «entre el hombre y la mujer no hay diferencia psíquica ninguna, y las variantes existentes son resultado del uso.»

Lejos de ser el problema del feminismo fruto exclusivo de lo vagamente apellidado modernismo, tiene su entronque en la mística. De muy dilatado abolengo los místicos, en efecto, han sido ya misóginos, ya feministas con el arrebató pasional que es la pauta de todas sus concepciones. El ditirambó y el denuesto, la apoteosis y el vilipendio, el máximum de las perfecciones y el *summum* de las debilidades indican las soluciones encontradas de los místicos al juzgar á las mujeres y los rumbos seguidos en la dirección despectiva por la misogenia actual y en el impulso encomiástico por los Congresos feministas del día.

Rancia preocupación inspirará, sin embargo, á quien, invocando el *Nihil novum sub sole*, entienda que el problema feminista se reproduce cristalizado en las mismas formas con que surgió de las nebulosidades y disquisiciones místicas. Reaparece mejor orientado, más enriquecido, con perspectivas más amplias y en demanda de aplicaciones morales y sociales. Pone á contribución principalmente la fisiología, que ha de suministrar á su hora la clave del enigma; pero aun en tal tendencia va precedido de añejos presentimientos, pues los místicos sentían el amor como electricidad acumulada en sexos contrarios (los éxtasis del místico consagrados á la sublime pecadora ó á la Virgen Inmaculada y los enamoramientos de la mística á la inefable belleza del Redentor).

Aunque restringido al aspecto religioso, el feminismo brota necesariamente de toda exaltación mística, y con peregrina ingenuidad y seductora exuberancia acometen su examen cuantos sienten directamente ó de reflejo el éxtasis. En libro por muchos conceptos curioso, y de lectura muy sugestiva (1) se halla (tomo I, página 51), *Prólogo apologético del traductor*, donde al prevenir al que leyere en orden á la sustancia de la obra para ponerla de algún modo á cubierto de las censuras con que algunos la morderán, se ocupa el traductor de lo que llama *Tercer Reparo*, fundado en la imbecilidad de las mujeres con las experiencias fatales de muchos siglos y la prohibición de San Pablo, que las manda callar en la iglesia (página 69).

Circunscrito á los límites que se impone el traductor de Sor Ana María «si todo género de revelaciones y visiones de mujeres se hace de sí mucho más sospechoso que si fuera de hombres, por la debilidad del sexo», examina lo que hoy llamamos feminismo en términos que, salvo diferencias de tiempo y las consiguientes de tecnicismo, son aceptados por cuantos intervienen en pro ó en contra de lo litigado, á saber, valor y dignidad de la mujer, comparada con el hombre. ¿Es inferior, es igual, es superior la mujer al hombre? Tales han sido y tales son las soluciones cerradas que han defendido cuantos han agitado y agitan la cuestión, justificando la que cada una acepta, con argumentos de autoridad ó de fe los místicos, y con observaciones de carácter, ora jurídico, ora moral, los modernistas, siquiera unos y otros se refieran intuitiva y reflexivamente á un sexo común, principio que quizá incline el pensamiento á solución más completa que las debatidas hasta ahora. Es en derecho de la naturaleza de los místicos (pues ellos mismos reconocen, y Sor Ana

(1) *Exposición de los Cánticos de Amor*, compuestos por el ínclito mártir y doctor iluminado el beato Raimundo Lulio en el libro *De Amico et Amato*, dada y místicamente practicada por la Venerable madre Sor Ana María del Santísimo Sacramento, Religiosa Dominicana del muy ejemplar convento de Santa Catalina de Palma, capital del reino de Mallorca, dedicada por la Junta de Protectores de la causa pía luliana á la Santísima Cruz de Cristo, á sus cinco sacrosantas llagas y á la Inmaculada Concepción de nuestra suprema Reina y Señora. Mallorca, 1760.

las corrientes progresivas, y con tu fuerza y pujanza, además de la constancia de tus cultivadores, harás sin duda que tus buenos frutos se multipliquen. Por lo menos yo lo creo así. Si sigues la senda emprendida, si continuas vistiendo así mismo tu hermoso vestido, tan elegante como modesto, y tu espíritu de concordia y conciliador encaminase allí donde se encuentra lo bueno, y miras el mal con indiferencia, como hasta aquí, yo te auguro una era de bienandanza, paz y felicidad para tu vida.

Tú enseñas á amar, tú enseñas á querer; tú tienes que indicar el camino de la felicidad del pueblo señalando con tu dedo donde se halla el arte verdad, la verdadera ciencia. Triunfarás, no lo dudes.

¿Qué hay colegas tuyos que no te ayudan, pues todo su empeño es llamarse ilustrados por cierto sin serlo? No te importe.

Que sigan esos periódicos ilustrando á la imbecilidad, pintándole cañones y enseñándole el *Arte de la guerra*, mientras tú, *Revista mía*, albergando los ideales de justicia has de recoger los mejores laureles, los laureles de la regeneración social.

C. GINNA.

EL GRITO DE UNA MADRE

(CUENTO)

El principal y casi único elemento de riqueza del pueblo es la pesca.

Dos grandes almadradas trabajan continuamente, aprisionando entre las fuertes mallas de sus colosales redes, miles y miles de pescados de distintas clases, que constituyen la opulencia y el bienestar de unos cuantos, y proporcionan, tras un trabajo de interminable número de horas, el pequeño trozo de pan de muchos.

Minas son estas también, que explotan á su gusto sus dueños ó contratistas, en las que el obrero, el que trabaja, el que produce, espone constantemente su vida, y con su vida, el porvenir de sus tiernos hijos, ó el presente de sus ancianos padres. En aquellas, al que le sorprende un desprendimiento que le inutiliza para el trabajo, se le despide, no se le socorre, olvidando el producto que proporcionó en el rápido cruzar de los años; en estas sucede lo propio, si un temporal ó cualquiera otro accidente siega la vida de sus obreros, ó los imposibilita para el trabajo, otros les sustituyen y en paz; dando esto lugar á casos tristísimos como el que voy á relatar.

I.

El tío Alberto era aún muy niño, cuando entró al servicio del dueño de una de estas minas marítimas. De si era honrado y trabajador, daban idea exacta los treinta y dos años que hacía estaba á su servicio. Un día cuando más embebido estaba en una de esas duras faenas del mar, resbaló; cayendo con tan mala fortuna, que sufrió la fractura de una pierna, y graves contusiones en la otra y en diferentes partes del cuerpo, que hizo necesario trasladarle á su lecho en muy lastimoso estado.

Maria lo repite), que es imposible la moral sin base física, que hoy se estudia en la constitución psíquica y fisiológica de los sexos.

Los que defienden la inferioridad de la mujer respecto al hombre, aducen la opinión de los físicos peripatéticos, tomada de su príncipe Aristóteles. Para ellos «la mujer es más débil y flaca de entendimiento y de natural, porque es de compleción más húmeda y, por consiguiente, de fantasía más flaca, de apetitos más vivos, de pasiones más ansiosas y de razón menos sólida, de juicio más ligero y, finalmente, de corazón más blando y fácilmente mudable». Vigorizan la autoridad de Aristóteles con la de los Santos Padres, fundada en el espiritualismo exclusivo del dogma cristiano, que explica la misoginia. San Isidoro descubre la debilidad y flaqueza de la mujer en la confusión de su mismo nombre: *Mulier à mollitie dicta, inumtata et detracta littera, veluti mollior*. San Gregorio quiere que, en las divinas letras, por la mujer se simbolice la mente flaca é indiscreta. *Mulier vero mens infirma et indiscreta*. Las citas de las autoridades que abundan en los tratados místicos se fundan en una clara prohibición de San Pablo, el cual, escribiendo á Timoteo, le previene: *Docere autem mulieri non permitto*, y el motivo que le da es haber sido la primera mujer la primera engañada y que primero engañó. Se extremó á tal punto la flaqueza de la mujer, que en su tiempo San Agustín tuvo que combatir (*De Civitate Dei*, cap. 17) el error de los que decían que en la Resurrección universal esta obra imperfecta (la mujer) se ha de perfeccionar, pasando todas las mujeres al sexo varonil, como por la Gracia ha de concluir entonces la obra que dejó sólo comenzada la Naturaleza.

No faltan autores que proclaman la superioridad de talentos en las mujeres sobre los hombres. D. Francisco Manuel en su erudita carta *Guía de Casados*, el abad Belagand en sus cartas de *Literatura y moral*, el jesuita Bussier, Juan de Cartagena, el Padre Feijóo en su *Teatro crítico* y tantos otros ofrecen argumentos más ó menos valiosos en pro de la superioridad de la mujer.

Los que defienden la igualdad del hombre y de la mujer aducen en primer término la autoridad de Séneca. Theodoretto dice: *In Christo non est masculus nee femina*. La razón más fuerte surge del comentario de este texto, y depende su valor de si la oposición sexual se aplica ó no á la vida psíquica. Mirabeau, recordando la opinión de Platón, dice que sólo el cuerpo tiene sexo, que el alma carece de él.

Tal vez en el intrincado problema del feminismo no se trata de su superioridad, igualdad ó inferioridad. Quizá existe en él un término que anula soluciones tan relativas, cuando se observa que lo que es superior resulta después en determinadas perspectivas inferior, y lo último primero. El derecho de la Naturaleza, invocado por los místicos, la diferente constitución fisiológica y moral del hombre y de la mujer, que nadie desconoce al presente, exigen á la vez reconocer, no superioridad ni inferioridad del uno respecto á la otra, sino misión diferente (aunque no contradictoria) de ambos.

Para acercarse á la solución compleja, y por tanto comprensiva, de múltiples aspectos en los factores de que se trata, no basta el humorismo ó criterio de mosaico, con tonos despectivos ó encomiásticos del hombre ó de la mujer, que son lo que son, pese á todos los rasgos de ingenio y de gracia; es preciso declarar que la diferencia de sexo, con base fisiológica innegable, se aplica también á lo psíquico. Si Adair dice que en el esqueleto de la mujer no existe hueso, ni el más insignificante, que no revele el sello femenino, una psicología positiva (no visionaria ni re-

creativa) de la mujer ha de demostrar que nuestra eterna compañera ama, odia, piensa y concibe de manera diferente de la nuestra, que difiere de nosotros en el aspecto psíquico más aún que en el fisiológico. Perceptible este último hasta en las sensaciones semimecánicas del tacto (carencia de barba, abultamiento de los pechos, etc.), no son menos perceptible para el tacto á distancia, para la reflexión, las diferencias de pensamientos y sentimientos del hombre y de la mujer. Posee ella como nosotros las mismas facultades y aptitudes, y en tal sentido es cierta la expresión alemana: la mujer es también un hombre (*Das Weib ist auch ein Menesh*), pero las fuerzas indiferentes, amorfas, se manifiestan después de energías específicas, y sobre la base de la distinta constitución corporal las facultades homogéneas se diferencian aunque no se contradigan. La mujer es madre, y alrededor de este núcleo, especie de esqueleto plástico y vivo, se agrupan sus energías, é impulsadas por él, se revelan todas sus virtudes y todas sus flaquezas.

Aun estéril y virgen, la mujer se siente impregnada de la maternidad y sigue poseyendo, en estado latente, como fuerza de tensión que no se ha diferenciado en energía viva, toda la exuberancia de afectos maternos, que no han podido tomar cuerpo y existencia y que generosamente consagra á sus hermanos, á los hijos de éstos, á los pobres y á los enfermos.

Como lo abstracto es el *minimum* de lo concreto, lo verdaderamente primero (en sentido fundamental) parece lo menos real, y lo último aparecido lo de más relieve, mostrándose de tal suerte el orden del conocimiento inverso al de la existencia. Tal es la razón de ser del problema genésico y tal el motivo que justifica la evolución. Aplicada á la cuestión que se debate en el feminismo, «¿cómo se puede sostener, dice Arreat (*Les Croyances de Demain*) que la evolución, en lo que se refiere á uno de los sexos, ha sido artificial en todas partes y desde sus comienzos? Conviene que la mujer utilice el adelanto general de la especie, y sería injusto negar que se haya aprovechado de él; pero la evolución no llegará jamás á invertir la misión de los sexos, á convertir en idénticos organismos fisiológicamente distintos, y semejante distinción orgánica implica consecuencias psíquicas que no podrá borrar ningún legislador». Desde lo natural y fundamental se puede combatir la ley (que no es digna ni necesariamente justa); *pro jure* contra *lege* es el principio progresivo de la evolución, pero seguir dirección inversa equivale al absurdo, que, en fin de cuentas, sólo triunfa momentáneamente.

U. GONZÁLEZ SERRANO

AGONIZA

Trágica agonía se prepara para nuestro siglo.

¡Nuestro siglo! ¡El siglo de las grandes infamias, de los crímenes sin nombre, de los combates sin gloria; el siglo de la explotación descargada; de la rapiña legalizada con el nombre del interés del capital; de la tiranía entronizada con el engaño de una democracia decadente; el siglo de la burguesía triunfante sobre los restos putrefactos de una aristocracia imbécil y sobre las masas pasivas de un pueblo embrutecido por el trabajo y la miseria y engañado por las falacias de

unos *derechos* que si supo conquistarlos con su sangre, no supo imponer con su energía!

¡Nuestro siglo! No; no es nuestro siglo para los que anatematizamos del pasado y renegamos del presente; no es nuestro siglo para los que sufrimos las angustias y los sinsabores de una vida miserable, sin consuelo y sin ventura; para los que sentimos ansias devorantes de justicia, de felicidad, de bienestar general; para los que anhelamos el pan para todos, el trabajo para todos y para todos el goce de la vida. Los que tenemos un ideal que está en pugna con el siglo en que vivimos, no podemos llamarlo *nuestro* siglo.

El siglo se prepara á morir como ha vivido: fomentando en los pueblos los odios y las preocupaciones, ahondando las divisiones de clases y aumentando su infamante legado de crímenes y de injusticias.

Y en este fin de siglo, que tiene todos los síntomas que marca también el fin de todo un sistema social, vemos renacer morbosidades heredadas de otros siglos marcados en la historia con las negras piedras de la intransigencia y la barbarie.

Intransigencias religiosas, luchas de conquista, procedimientos inquisitoriales... Todo cuanto entenebreció la existencia de siglos recordados con horror y siempre maldecidos, se reproduce ahora en este fin de siglo, llevando el espanto y el recelo en el seno de las almas encariñadas con las conquistas adquiridas á costa de largo bregar en las luchas por la libertad.

¿Resultarán estériles la obra de las revoluciones y los sacrificios de los hombres generosos?

Tal parece si, juzgando superficialmente, dirigimos una ojeada sobre los acontecimientos que en este fin de siglo se están desarrollando por toda la faz del globo.

En Francia y en Austria, el odio de raza se manifiesta de modo violento.

Italia, gozando de las ventajas que la unificación y la monarquía le reportaron, se ve cada día más abatida por la reacción y la miseria. Alemania, que también trabajó para alcanzar la unión tan anhelada, aguanta sin chistar los desplantes de un emperador imbécil, que se cree el elegido de Dios para reinar sobre sus súbditos.

Y Rusia sigue bajo el régimen autocrático del Czar, y Turquía bajo el despótico del Sultán.

Y las repúblicas hispano americanas, que tanto lucharon para alcanzar independencia y libertad, continúan siendo esclavas de cuatro ambiciosos dictadores.

Y los Estados Unidos, genuina representación del imperio de la burguesía democrática, extrema cada día más la explotación económica y llega hasta á legalizar la esclavitud como fórmula penal.

Y todas las naciones, al amparo de una bárbara civilización, prosiguen sus *conquistas* en Africa y en Asia, llevando por doquier la destrucción y el exterminio.

De gallarda manera concluye este siglo decadente y mercantil.

A. DEL VALLE.

EMANCIPADOS!

Desde el momento que todos los sistemas sociales hicieron bueno el aforismo de que la libertad no está en las leyes, sino en los bolsillos de cada uno, el ser humano obtiene la de sus actos mediante la acumulación de capitales.

Es un principio de economía burguesa: tanto tienes, tanto puedes.

Todo es cuestión de fuerza. Energía humana que acumula la injusticia social, los bienes, las rentas y la mercancía que al mercado ofrecen los hombres poderosos y las grandes Compañías explotadoras.

Energía humana acumulada por la justicia natural, la fuerza muscular y cerebral que al mismo mercado ofrece el obrero.

Cuanto más fuerza prestas, más ganas; cuanto más ganas, más posees, y cuanto mayores son tus caudales, más libre eres; porque dispones de medios para hacer uso de una libertad que limita tu pobreza.

Por el fraude, por la astucia ó por el engaño, acumulas resultados de ajena fuerza muscular ó cerebral, y ya no tienes necesidad de llevar al mercado de la vida tu propio sudor, tu propio esfuerzo, tu propia sangre; es la sangre, el esfuerzo y el sudor de los demás quien gana por ti. Y á esto alguien le llama justicia.

Si cuanto más posees más libre eres, la emancipación, dentro de la sociedad, no es un resultado del derecho; lo es, sí, de la explotación del hombre por el hombre.

En ningún país gana la mujer lo que en Inglaterra, y en ningún Estado está más emancipado el sexo bello que entre los hijos de la Albión.

Allí la mujer es médico, farmacéutico, pintor, tenedor de libros, y allí la mujer va donde le parece, sin necesidad de tutor. Vésela sola al teatro, al *meeting*, al café, al paseo. ¿Por qué? Porque para hacerlo no necesita de los resultados de la fuerza del otro sexo. A nadie ha de dar cuenta de sus gastos; gasta lo suyo. ¿Por qué razón es más esclava la mujer de otros países? Porque, económicamente, depende del hombre. Como nada posee, la libertad huye de ella. No es que se le reconozca un derecho; se le reconoce una capacidad, y con ella se gana el derecho. Es que tiene fuerza para hacer uso de él; es que ofrece su sangre y su inteligencia al mercado de la vida. Como la libertad de hoy es un resultado de esta oferta, así la mujer inglesa es más libre que muchos hombres de otros países, porque ofrece fuerza más apreciada ó cotizada más alta que la ofrecida por aquéllos.

No es esta emancipación grosera y brutal la que queremos los socialistas. No pretendemos hacer un derecho de la fuerza; si arrancar del hombre lo de bestia, evitando que se haga la competencia y que se extermine. Sumada la fuerza de todos, da un resultado mayor á las necesidades de todos. Luchar contra los elementos, dominarlos. A los hombres no se les domina ya impunemente. Los que tal hacen se llevan ya la maldición de los buenos. La emancipación no ha de ganarse alquilando vida; nace con nosotros.

A. GALCERÁN



TRIBUNA DEL OBRERO

CARTA DE UN OBRERO

Sr. Director de LA REVISTA BLANCA.

Muy señor mío: Con satisfacción inmensa he leído que ponía una sección de esta Revista á disposición de los obreros, al objeto de facilitar sus aficiones literarias y de estimularles al estudio de los problemas contemporáneos. Los que como yo sienten aquellas aficiones y necesitan estos estímulos, comprendemos la importancia de su decisión, y le felicitamos y nos felicitamos por ella.

Tengo escritos varios artículos, que envié á diferentes periódicos, y sólo he podido ver impreso uno en cierto periódico de provincias. Del mal de no publicar más que los trabajos que van firmados por personas conocidas y que ya tienen público, no están curados ni los periódicos obreros. Puede que alguna vez tengan razón al no atender la de escritores neófitos ó de aficionados principiantes; pero siempre es preferible equivocarse cien veces que ser injusto una vez. Y esta repulsión á las firmas desconocidas, si explicable en diarios burgueses, porque al fin y al cabo el periodismo es un negocio como otro cualquiera, no se comprende en periódicos obreros cuya misión es, ó debe ser, instruir y dignificar la clase al objeto de prepararla para las luchas materiales é intelectuales que se avecinan.

A los periódicos sin ideales, ó sin más ideal que el tanto por ciento, si no va bien el criterio sustentado, se explica por el egoísmo que han de sentir hacia sus privilegios, más en peligro cuanto mayor sea la instrucción del pueblo. No obstante, nada se aporta al estudio de las aspiraciones populares tan necesario al conocimiento de lo que se ha de combatir, si ha de hacerse con razones y no con burlas ó con represión, como ahora acontece.

Si se desconoce el ideal contrario, cáese en lamentables vulgaridades, que redundan en perjuicio de todos y de todo. De los de arriba, porque no acertarán á defender sus posesiones; de los de abajo, porque han de ver con malos ojos que sus doctrinas, á las que creen redentoras, con ó sin razón, sean objeto de un combate innoble, y de la armonía social, porque las pasiones se exasperan y el odio ocupa el lugar del raciocinio cuando las personas, sean cuales fueren, son tratadas desconsiderablemente.

Cierro la presente presentándole mi insignificante colaboración en la *Tribuna del Obrero* y dándole las gracias por el placer que ha de proporcionarme al amparar mis pobres escritos. Que otros aprovechen la ocasión que se les presenta para dar satisfacción á sus necesidades intelectuales y que LA REVISTA BLANCA tenga larga vida es lo que desea su amigo y servidor,

HERMENEGILDO GUILAFRE.

Barcelona 7 Julio 1897.

CARTA MISTERIOSA

El título de esta carta lo ha puesto la Redacción después de leerla y de determinar publicarla tal como el autor desea.

Dice así:

«SR. D. FEDERICO URALES.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Tiene LA REVISTA BLANCA una sección titulada *Tribuna del Obrero* y destinada al obrero. Como yo soy obrero auténtico, aunque sin callos, desearía de usted eligiera un rincón de la sección mencionada para que en él vieran la luz los cuatro renglones que van á continuación.

El presidente del Consejo de ministros de Inglaterra, ó sea lord Salisbury, dijo, indudablemente refiriéndose á España, que en las naciones cristianas las había de muertas y de moribundas, y que los malos estadistas y los malos administradores habíamlas conducido á la fosa común. A no dudar, esto iba dirigido á los Gobiernos de España. Prescindiendo del criterio de lord Salisbury y de las decadencias de Sagasta, voy á tratar en cuatro palabras un punto científico.

Se cree la raza anglosajona superior á la latina. ¿Cuáles son los caracteres que presenta el individuo superior? Un perfeccionado sentimiento de dignidad que lo convierte en héroe cuando se cree ofendido; el cumplimiento de la palabra empeñada y una gran energía cerebral y material.

¿Cuáles son los caracteres que presentan las razas inferiores? Olvido de su personalidad moral, recibiendo sin agravio toda clase de humillaciones; no reparar en los medios, por innobles que sean, para lograr el fin deseado, siendo la falsía y la informalidad los más usados, y poner sobre la dignidad, la utilidad, sin darse por ofendido en tanto de la ofensa no pueda sacar algún provecho.

¿Cuál de las dos razas reúne estas circunstancias? Vencer por la fuerza no supone inteligencia; tampoco lo supone enriquecerse por la explotación y el mercantilismo. La raza latina es la raza intelectual por excelencia; es la raza bohemia, descuida su materia, su porvenir; la principal causa de su pobreza es su generosidad. La raza anglosajona es calculista, no ve de las cosas más que la parte útil, combate por negocio, vive por el negocio y el negocio es la base de todas sus relaciones. Así se comprende que su fuerza material sea superior á la moral, y se comprende también que la fuerza moral de la raza latina sea superior á la material.

Aquélla vencerá al mundo por la fuerza de sus cañones y de sus libras esterlinas, producto del cálculo; ésta vencerá el universo por la fuerza de sus ideas y de su imaginación, producto de la generosidad.

El porvenir ¿es de la fuerza ó de la idea? Según de quien sea, vencerá una ó vencerá otra.

Su afectísimo servidor,

P. G.

Madrid 10 Julio 1898.»



AL PÚBLICO

Estamos satisfechos de nuestra obra. Hemos acertado y sentimos la satisfacción que produce sentir y pensar como sienten y piensan los cerebros que aspiran, los espíritus que anhelan nuevos sentimientos y nuevas ideas.

Nuestra primera edición se agotó al momento, no pudiendo satisfacer pedidos que se nos hizo de varios puntos de España. Aspirábamos á eso y nada más que á eso.

No hemos publicado LA REVISTA BLANCA para vivir de lo que ella produzca, sino para satisfacer una necesidad intelectual. Si nos hubiéramos propuesto lo primero, no se vendería LA REVISTA BLANCA á real, ó si se vendiera, no llevaría 32 páginas de texto. Las personas que entienden de *eso* ya saben que, al precio que está el papel, nada puede ganar el que dé por 0,25 pesetas 28 páginas impresas, cuatro de cubierta.

Algunos corresponsales han dicho que se venderían muchos más ejemplares si se vendieran más baratos. Para esto habríamos de reducir el número de páginas, y una Revista quincenal con pocas páginas hace pobrísimo efecto. Además, para dar satisfacción á nuestro deseo de llevar á la conciencia pública los trascendentales problemas que hoy agitan á las sociedades modernas, se necesita el nutrido texto de LA REVISTA BLANCA.

Si, dado el estado actual de España, son muchos céntimos 25, considerando el valor de lo que con ellos se obtiene son bien poca cosa.

Ya hemos dicho que no pretendemos vivir de LA REVISTA BLANCA. Si los gastos se cubrieran vendiéndola más barato, más barato la venderíamos, y si la tirada aumentase hasta el punto de permitir rebaja en el precio de venta, la haríamos sin necesitar indicaciones.

Cumplenos dar las gracias á las distinguidas personas que nos ayudan en esta noble empresa, así las que nos prestan el concurso de su inteligencia como aquellas otras que nos ofrecen el de su actividad personal.

Nos felicitamos por tener tan buenos amigos y por haber sabido interpretar sus deseos.

Merced á todos LA REVISTA BLANCA ha entrado con buen pie en el campo periodístico. La Redacción se desvelará para que LA REVISTA BLANCA continúe en él mucho tiempo y tan dignamente como cuadra á sus propósitos y á su elevada misión.

Nos sentimos satisfechos.





SECCIÓN ADMINISTRATIVA

A los corresponsales y á los suscriptores les suplicamos salden la cuenta que tienen pendiente con esta Administración al objeto de facilitar la vida de LA REVISTA BLANCA, que ha menester de los esfuerzos de todos. Los que no hagan el pequeño sacrificio que pedimos, demostrarán no interesarse por una publicación que necesita los entusiasmos generosos de las personas de buena voluntad, y preferiríamos confesar que no la tienen, los que no la tuvieren, para con LA REVISTA BLANCA, á que se nos haga perder el tiempo y el dinero lastimosamente. Ya comprendemos que al segundo número no hay motivo para dudar del celo de las personas que leen LA REVISTA BLANCA y cuidan de su venta y circulación; pero nos es tan necesaria la puntualidad en el pago de paquetes y suscripciones, que, contra nuestro deseo, nos vemos obligados á llamar la atención de las personas que, con su actitud, pueden simplificar la existencia de esta Revista. Por las razones expuestas esperamos que las personas objeto de nuestro llamamiento se apresurarán á cumplimentarlo: los corresponsales tan pronto tengan expedido este número, y los suscriptores al recibirlo.

Suplicamos á los que se suscriban á LA REVISTA BLANCA paguen la suscripción por adelantado.

*
* *

Las personas que tengan relaciones con esta Administración se servirán fijar en las líneas que siguen:

Arenys de Mar.—A. M. Recibidas 10 pesetas.

Minas de Riotinto.—M. R. Aumento de 12 números que pide. Recibi importe del primer número.

Vinaroz.—J. B. Envié 6 números.

Barcelona.—J. V. Aumenté los 200 pedidos.

Gijón.—M. A. Mandé 12 números más. Va el nuevo aumento.

Valencia.—A. L. Aumento los 24 pedidos. Recibi libranza.

La Coruña.—J. S. Recibo de M. T., de Tánger, una peseta, que anoto.

Olivenza.—M. M. Envié 6 números.

Zaragoza.—M. C. Envío 24 números.

Lugo.—C. L. C. Envié 24 números.

Carmona.—A. M. Descuento los 5 números remitidos.

Tarragona.—M. B. Envío 15 números que pide.

Cartagena.—S. G. Envié 12 números.

Prat de Llobregat.—S. C. Servi suscripción semestre.

Puerto de Santa María.—F. T. Idem trimestre.

Utiel.—V. G. Envié 6 números.

La Palma.—M. de M. Sirvo suscripción trimestre.

Reus.—J. S. Sirvo las 4 suscripciones. Recibí importe 2.

Ceuta.—M. C. Sirvo suscripción trimestre. Recibí importe.

Sama.—J. M. Sirvo la suscripción donde indica. Recibí libranza. De la juventud estudiosa es el porvenir. Inútil añadirle que gusto muchísimo de que así lo piense usted.

Villanueva y Geltrú.—L. M. y M. Sirvo suscripción trimestre. Me complace infinito.

Antequera.—R. O. Envié 12 números. Recibí libranza.

Algeciras.—A. D. Recibí 2 pesetas de usted por conducto de N. G., de Gibraltar, que anoto.

Gibraltar.—N. G. Recibo libranza, que distribuyo como indica.

Córdoba.—A. del P. Mando paquete al corresponsal como indica en la suya. Obra en mi poder el remitido.

